

El joven Lacan y el espejo de Psique



JUAN CARLOS CAPO¹

Un joven Lacan angustiado en «encrucijada de caminos», entre brillos, objetos especulares, miradas amenazantes, objetos imaginarios y salida a la noche y al futuro... en medio de interrogantes.

J. C. C.

... el inconsciente se encuentra en la orilla exactamente opuesta de lo que ocurre con el amor, del que cada uno sabe que siempre es único, y que el dicho «cuando una puerta se cierra otra se abre» encuentra ahí su mejor aplicación.

J. LACAN

CONSIDERACIONES PRELIMINARES

En la página 91 de «Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis», en la sesión del 26 de febrero de 1964, se puede leer que «los fenomenólogos han podido articular con precisión, y de la manera más desconcertante, que resulta totalmente claro que veo *afuera* [énfasis mío], que la percepción no está en mí, que está en los objetos que aprehendo. Y sin embargo, capto el mundo en una percepción que parece surgir de la inmanencia del *me veo verme* [en bastardillas en el original]».

En el prólogo a este seminario, Oscar Masotta —quien ha tenido una incidencia de mucho relieve (fundó la Escuela Freudiana de Buenos Aires casi sincrónicamente con la fundación de la Escuela Freudiana de París) y es considerado un verdadero pionero en la introducción de la enseñanza de Lacan en el Río de la Plata— escribe lo siguiente: «El sujeto está aliado a sus objetos porque lo está antes a su imagen especular, a una articulación

1 Miembro titular de la Asociación Psicoanalítica del Uruguay. juanccapo@hotmail.com

de miradas cuyo efecto de espejismo torna improbable la existencia exigida por la *intencionalidad husserliana* [énfasis mío].

Paso a citar a Lacan y compruebo la verdad del aserto de un colega (aparecido en este recuerdo)² de que muchas veces un escrito analítico es un mosaico de plagios encubierto con el término *paráfrasis*.

Cito a Lacan: «Esquematicemos a continuación lo que queremos decir. Desde el momento que el sujeto intenta acomodarse a esa mirada, se convierte en ese objeto puntiforme, ese punto de ser desvaneciente con que el sujeto confunde su propio desfallecimiento. *Por eso de todos los objetos en los que el sujeto puede reconocer la dependencia en la que está el registro del deseo, la mirada se especifica como inasequible* [énfasis mío].

»Por ello, [la mirada] más que cualquier otro objeto, es desconocido, y quizá por esta razón el sujeto encuentra tan felizmente el medio de simbolizar su propio rasgo desvaneciente y puntiforme en la ilusión de la conciencia de *verse verse*, en la que se oculta la mirada.

»Si, por tanto, la mirada es este reverso de la consciencia, ¿cómo vamos a intentar imaginárnosla?».

Lacan ilustra estas consideraciones con Maurice Merleau-Ponty, fallecido cuando Lacan celebraba la aparición del libro del filósofo *Lo visible y lo invisible*. El dolor embarga a Lacan, envuelve sus palabras y cree que Merleau-Ponty, de haber seguido sus investigaciones, se habría aproximado más y más al análisis. Lo infiere por el discurso del joven filósofo, por el uso de la imagen del guante evertido. Lacan encuentra una cierta homologación, una cierta equivalencia entre la imagen del guante y la especularidad de su estadio del espejo.

El otro en quien Lacan se apoya por las reflexiones que acerca sobre la mirada es Jean-Paul Sartre, quien en un pasaje de *El ser y la nada* toma posición de la mirada en la dimensión de la existencia de *otro*.

Cita de Sartre: «Así, ser visto me constituye como un ser sin defensa para una libertad que no es la mía. En este sentido podemos considerarnos como esclavos, en tanto que nos aparecemos a otro. [...] Soy esclavo en la

2 El aparecido a quien se alude en el escrito y en el recuerdo es Juan Carlos Pla.

medida en que soy dependiente en mi ser en el seno de una libertad que no es la mía y que es la condición mía de mi ser. [...] Al mismo tiempo en tanto que soy el instrumento de posibilidades que no son mis posibilidades, cuya pura presencia no hago sino entrever allende mi ser y que niegan mi trascendencia para constituirme en un medio hacia fines que ignoro, *estoy en peligro*. [...] No hemos hecho sino explicitar el sentido de esas relaciones subjetivas a la mirada del prójimo que son el miedo (sentimiento de estar en peligro ante la libertad ajena), el orgullo o la vergüenza (sentimiento de ser al fin lo que soy, pero en otra parte, allá, para otro), el reconocimiento de mi esclavitud (sentimiento de la alienación de todas mis posibilidades). [...] Remítase cada cual a su propia experiencia: no hay nadie que no haya sido sorprendido alguna vez en una actitud culpable o simplemente ridícula».

(CASI) PARÁFRASIS DE UN FRAGMENTO DE *LA NOVELA DE LACAN*,
DE JORGE BAÑOS ORELLANA

En ella se encuentra que... curioso, voraz y laborioso, el niño Jacques-Marie Émile Lacan y el adolescente Jacques optan ambos por la curiosidad, o, mejor dicho, están presos de una ardiente curiosidad.

La recreación visual y lingüajera del mundo es asunto de narradores y poetas (he vacilado en poner *historiadores*) —también de charlistas, de buenos conversadores—, quizá una especie en vías de extinción —punto que concierne especialmente a lo que ahora paso a exponer acerca de los viajantes de comercio.

Un precursor

Alfred Lacan, el padre de Jacques, fungía en este rubro doblemente, por viajante y por buen conversador. Alfred no era un mediocre agente viajero. Era afable, «sabía muy bien hablar en la lengua de los valores y los caprichos de los demás». Su palabra despertaba, alucinatoriamente, *la vista* de las botellas de vinagre y ron, los frascos de mostaza y pepinillos en vinagre, los sobres de pimienta y las envolturas multicolores de los chocolates de Haití. Alfred se demoraba con sus contertulios compradores, les daba a ver el desfile, la parada triunfal que brotaba y marchaba al

compás de la punta de su lápiz: jeroglíficos, juegos de palabras, crucigramas, caricaturas y hasta cochinas.

Con estos dispositivos mágicos, aventaba las brumas de las barras de los horizontes de ultramar, se erguía con su propuesta de preferencia alternante, alucinante y entradora, *por encima de la realidad*, y transportaba, transustanciaba a sus hechizados compradores a una entrega de objetos operativos y mágicos, desde donde se deslizaba para ofertar desde una nube suprarreal objetos irreales (que no imaginarios).

¡Alfred Lacan era, sin saberlo, un precursor del surrealismo!

MÁS SOBRE LA MIRADA

Roger Caillois era algo más joven que Lacan. Era talentoso. Lacan se refirió a él en términos elogiosos hablando de un libro escrito por el joven, *Medusa y compañía*. Caillois se refiere al despertar de una etología imaginaria en los insectos, ubicándola más en un hecho de estructura que no en una confirmación evolucionista darwiniana. Lacan lo recuenta así: «Caillois pone de relieve las tres rúbricas que efectivamente son las dimensiones principales en las que se despliega la actividad mimética: el travesti, el camuflaje y la intimidación». Si los insectos cambiaban de color ante el peligro de que se los engulleran determinados pájaros, no era suficiente la protección antidepredadora del camuflaje, dado que el estómago de los pájaros estaba colmado de insectos muertos (aunque habían acudido al mimetismo probadamente).

PELEA POR UNOS «FRIJOLES MÁGICOS»

El episodio podría denominarse «de encrucijada y destino» para tres personajes. Participan en la escena Caillois, Breton y Lacan. Alguien trajo los frijoles que esparcidos sobre una mesa empiezan a danzar en extrañas contorsiones. Caillois quiere abrir su cortaplumas y despanzurrar el frijol en busca de «algo» en su interior. Breton no lo permite y se deja inundar por la extraña fascinación que el episodio le despierta. Lacan acuerda en que la explicación no surge *prima facie*, pero toma distancia del intervencionismo de Caillois y del hechizo entrampado de Breton. La actitud reticente de Lacan

es vista por Breton como distancia del aura sagrada, referente y surrealista. El episodio sirve para que los personajes se distancien, aunque no tanto Lacan, del surrealismo. Más bien se pelea Breton con Caillois, por la autoproclamada pertenencia social de este último; luego Breton se separará de Lacan, al recibir tarjeta de invitación de casamiento (por iglesia) del joven psiquiatra.

Baños Orellana lo resume así: «Esta ascesis de la conmoción, del terremoto, del descabezamiento de convicciones, es a la que adhirió pronto Lacan, y nos toca preguntarnos si ello colaboró para que él no se aferrara a sus certezas neuropsiquiátricas de 1929, como si fueran la última palabra».

Y más aún si seguía contaminado con el espíritu del surrealismo que aconseja no arredrarse ante los velos brumosos de la realidad, más el espíritu de Marco Polo de su padre, más una sentencia que acompaña al surrealismo, acuñada por Breton, un médico experimentado que había hecho la guerra, que no había despanzurrado frijoles, sino hecho intervenciones en vientres alcanzados por obuses, en miembros gangrenados de seres a los que era imprescindible amputar para salvarles la vida. La consigna rezaba: «Aquellos de ustedes que tengan plomo en sus cabezas, derrítanlo para hacer oro surrealista».

LAS IMPOTENCIAS CURATIVAS DEL JOVEN LACAN

Jean-Paul Sartre acude por ayuda al joven psiquiatra antifreudiano Jacques Lacan. Es que de la École Normale Supérieure han de arribar otros discípulos, por haber llegado al término de su vida de estudiantes. Sartre, que tenía alucinaciones visuales (aunque...) y decía llevarse bien con sus alucinados cangrejos invictos y reacios a una presunta escotomización que no llegaba, acude a Lacan. Se hacen amigos. Lacan atribuye las zoopsias a la soledad en que ha quedado Sartre, pues sus discípulos se han dispersado en todas direcciones. Otro recién llegado es Ferdinand Alquié, quien descollará con el devenir de los años por su dedicación al pensamiento de René Descartes. A Alquié, Lacan le transmite sus augurios de marcha, sus buenas intenciones, quizá siguiendo a Maine de Biran, quien hablaba de las fuerzas de vida, de esfuerzos sobrehumanos, de la fortaleza humana sacando fuerzas de flaqueza, y le escribe uno de los pocos poemas que se conoce que Lacan haya escrito en su vida: *Hiatus irrationalis*. Quizá el todo haya sido demasiado poco para Sartre, pero no

para Alquié, porque Baños Orellana sostiene que aquello se transfigura de amistad en terapia, en puesta a plano de resistencias en ausencias, en reacciones hostiles ante distancias de las vacaciones, y el lazo transferencial se mantiene. Baños Orellana termina por englobar la acción llevada a cabo por Lacan como «bello ejemplo de dirección asertiva de una cura».

ROTURA DEL CRISTAL DEL ESPEJO ELOGIOSO DEL YO

«Para saltar sobre el abismo que separa el paradigma de 1929 que cifraba al Lacan de entonces, al de 1932, [a Lacan] le hacía falta no solamente ajustar cuentas con la influencia de Clérambault, observar detenidamente y devanarse los sesos en un interrogante “¿qué hacer?” sino y sobre todo ser capaz de desdecirse, de deponer el orgullo y admitir la propia ridiculez, de soportar que se quiebre el cristal del espejo elogioso del yo.»

El novelista de Lacan saca conclusiones: «Hay indicios de que ese aplacamiento de la pasión yoica, fue posible gracias a que habiéndose retirado Caillois de la liza amorosa con Victoria Ocampo, la rica dama argentina atravesada por un torbellino que se imponía, al decir del joven Caillois, la dama buscará ahora radicarse en París y pedir una entrevista con Lacan».

Victoria tenía sus años (cuarenta y ocho). Ella buscaba amantes jóvenes, extranjeros, ilustrados. A Roger Caillois lo denigró por sus ínfulas de proclamado rescatista universal, pero con Lacan fue distinto. Este no era tan joven ni tan virgen. Pero era misógino, surrealista y de psicoterapia no entendía mucho porque todavía pervivía en él un remanente clerambaultiano y antifreudiano que mucho o poco habría de servir para ayudar a Alquié o a Michel Leiris, quienes, junto con otros, aguardaban a este director de almas en quien muchos depositaban fervientes expectativas. Lacan no retrocedió ante nuevos compromisos que se avecinaban, especialmente ante los aromas exóticos de nuevas vecindades (léase la dama argentina).

DIALÉCTICA DEL OJO Y LA MIRADA

En el capítulo XVIII de *El amor Lacan*, titulado «El amor engañoso», Jean Allouch enumera las diferentes adjetivaciones que el amor pasó a tener para Lacan. En la línea del engaño, Allouch pasa revista (con minuciosidad de

fechas que eliminaré) al amor como «falsedad», como «negación», como un «monstruo», como «inoportuno», como una «melaza» y finalmente como una «máscara». Se puede leer allí, asimismo, que Lacan forzará a Freud al forjar la antinomia amor-pulsión recusando la «solución» encontrada por Freud. En *Pulsiones y sus destinos* este había presentado claramente al amor-odio como uno de los pares pulsionales, puntualizando enseguida que «el caso del amor y del odio es reacto a ordenarse dentro de nuestra exposición de las pulsiones». Pero sorprendentemente «resuelve la cuestión», cita Allouch, «adelantando que amar es de orden pulsional luego de haberse logrado la síntesis de todas las pulsiones parciales, o sea en el acto genital reproductivo. Algo que no convence demasiado a Lacan».

Psique es el nombre de un espejo. La mirada constituye un buen asidero para demostrar la incidencia del objeto *a* sobre el amor.

Lacan crea otro mito. Lo llama *hommelette* o *laminilla*, o *libido*. Surge de la rotura de las membranas. Es un órgano inmortal, irreal, pero no imaginario. Es la matriz de todos los objetos *a*.

«La placenta, capaz de reemplazar del mejor modo el objeto perdido, resulta ejemplar aquí», escribe Allouch. «Órgano inmortal, puro instinto de vida, algo extraplano y que pasa por todos lados, que se relaciona con lo que el ser vivo pierde por el hecho de ser sexuado; un órgano cuyos representantes son los objetos *a*.»

La mirada puede también entonces representar a la laminilla. Es por la mirada por donde frecuentemente pasa el amor, escribe Allouch.

«La llama del amor es tanto mirada como quemadura», «se habla de Afrodita, “la de refulgentes pupilas”». «Las idas y venidas del relato de Apuleyo referidas al nacimiento del alma, *psukhé*, están determinadas por juegos de miradas.»

En lo que respecta a los pares pulsionales escópico-exhibicionista y amor-odio, desglosando del primero la mirada y del segundo el amor, ambos tienen que ver con la disyunción de la pulsión y su objeto. Los objetos *a* son falicizables, por lo tanto expuestos a la castración. Así, la mirada, como pequeño objeto *a*, es falicizable, y por ende castrable.

«El Otro me ve amable» o «el Otro me ve como me place ser visto» es una idealización en la que se juntan demasiado el pequeño objeto *i* (*a*) y el ideal del yo.

En la esfera del amor, la demanda va por el lado de «quiero verme donde no puedo», lo que se podrá decir de otro modo: «tú nunca me miras allí donde yo te veo».

En lo que respecta al cuadro y al pintor, no falta nunca el *trompe l'oeil* (trampantojo, engaño) en la relación entre el artista y el aficionado. El *trompe l'oeil* es un engaño, al igual que el amor. Entonces el engaño será al amante lo que este *mismo* engaño es al aficionado que mira el cuadro.

La mirada, en este caso, depona las armas (había antecedentes de guerra, a Ares se le atribuía ser padre de Eros) y le dice al aficionado: «Tómalo, es tuyo. Disfrútalo». En realidad, la astuta mirada se dirige al ojo del aficionado, es un engaño, es un señuelo lo que le ofrece. Ella puede reposar ahora tranquila y oculta, mientras el aficionado mira el cuadro.

CONSIDERACIONES SOBRE EL DON

Un retorno a la transferencia debería implicar un más allá: un retorno al análisis. En una transferencia imaginaria, el analizado puede aproximar demasiado el objeto *i* (a) atribuido al analista y el *I* de la idealización (amorosa u odiosa). El analista y el amado podrán resultar hipostasiados en dimensión de divinización o aniquilación enmierdante. Se podrá hacer don de su persona para después, inexplicablemente, hacerle regalo de una mierda. Se castrarían en tal caso de un solo golpe la pulsión escópica y el amor de transferencia.

ÚLTIMO PIENSO A LA CASTRACIÓN FÁLICA DE UNA AMOROSA MIRADA

La cara de asceta de las letras de Victoria Ocampo —continúa Baños Orellana— en el marco del amor «concede al desorden una sola concesión: la mecha de pelo castaño de Roger Caillois. Esta mecha por ley de gravedad caía siempre en el ojo izquierdo, y siempre, aunque inútilmente, Caillois levantaba su rebelde rulo. En Mar del Plata, un buen día Roger apareció rapado».

MIRADAS EN LAS MEMORIAS DE JEAN-BERTRAND PONTALIS

(Nunca pudo captar la noción de verdad en la enseñanza de Lacan, imprecaba que Lacan se decidiera y «nos dijera lo verdadero de lo verdadero».)

Así los *vio*, así los describió:

«Sartre en Pasteur en 1941. Lacan en Saint-Anne, en 1954. ¡Qué afortunado haber conocido al uno y al otro en sus comienzos, antes de que el brillo de sus nombres los precediera y los eclipsara! Sartre era para mí tanto el hombrecito rechoncho y decidido que había practicado boxeo en su juventud, como la encarnación natural del Cogito. Mientras que a Lacan que acostumbraba andar con paso algo vacilante y siempre inclinado para adelante, como si mantenerse erecto y marchar derecho hubiera sido una concesión inaceptable a la estupidez común, lo imaginaba más bien manejando el florete, como experto malicioso del arte de la estocada».

LA SALIDA A LA NOCHE...

La relación entre Victoria y Jacques duró apenas tres meses. Lacan era acuciante por teléfono, pidiéndole ansiosamente citas para tener encuentros y hablarle de sus experiencias en el hospital. Eran conversaciones que duraban horas. Ella se sentía contenta de coronar con Lacan un desfile de amantes célebres. Un día ella lo consulta por una carraspera; él va como si fuera una emergencia. Ambos comentan entre risas que *todo el mundo los mira*, está pendiente de ellos. «Están ansiosos de ver quién será *el devorado* [énfasis mío] y en ese momento, ya no comprenden más nada.» El detonante que anuncia el cuesta abajo es una llamada telefónica, pero no entre ellos, sino de una obra de Jean Cocteau que concurren a ver en la Comédie Française. Se trata de *La voz humana*, un monólogo teatral de cuarenta minutos en el que una amante despechada pero sumisa suplica a su amante que no la abandone, le ruega que no corte la comunicación. El feminismo enhiesto de Victoria asiste indignado al arrastrarse de aquella mujer, a quien no vacila en caracterizar como alguien que «tiene el corazón prostituido». Lacan permanece en silencio, parece tener una actitud contemporizadora, arquea las cejas en gesto de aprobación, recordando a la mujer decir: «Me da mucho miedo colgar este teléfono y volver a caer en la oscuridad»... Enseguida lo sobresalta más aún una frase: «Tengo ojos en los oídos».

Pero no hay caso, ni Freud ni la actitud deseante de Lacan conmueven a esa mujer de cuerpo estatuuario, opulentos senos, piernas descubiertas, en

la que Lacan *demoraba su mirada*, «con el propósito de almacenar imágenes y conseguir imaginarla de cuerpo completo» anticipando el instante de echarse encima de ella. Pero ella tenía otros planes, dado que desechó lo que Jacques le contó del nieto de Freud, que encerrado en el cuarto a oscuras le pedía a su madre que no dejara de hablar, porque así parecía que la oscuridad del cuarto se iluminaba un poquito más.

Todo esto fue desechado por Victoria: Freud, Lacan, la soledad del niño, la caída abismal de la mujer abandonada le importaron a ella muy poco. Todo aquel alegato de Cocteau y su mujer hablando por teléfono le parecía una canallada en perjuicio de la decencia y la integridad del género femenino, al que ella reivindicaba.

El contraataque de Victoria consistió en desenterrar el poema de Lacan y leerlo de modo parodial ridiculizándolo.

Eso sí surtió efecto. Jacques hizo un bollo con los pantalones, calcetines, camisa y descendió a la planta baja. Poco después ella oyó el portazo.

«Recién al pisar la calle se dio vuelta para mirar hacia atrás y contempló por última vez el 40 de la rue d'Artois. Estaba sumergido en el silencio nocturno y le pareció que las luces del salón de Victoria, la única ventana encendida a esas horas, perdían brillo o nitidez.

[...]

»Era la realización de la omnipresencia del objeto a que le habría gustado jugar esa noche, mezclando el acto de penetrar a Victoria con el recuerdo de su aparición de cuerpo entero, envuelto en el tapado en la recepción del teatro, y con el frustró de sus medias cada vez que se recostaba en la butaca de la Comédie Française y el resplandor escultural de los pechos sobre el altar de la mesa de luz.»

Victoria le enrostraba a Lacan su hermetismo producto del afán de abarcarlo todo en un soneto. «Esa locura, pensó, era también la del pintor moderno; Balzac fue el primero en diagnosticarla en las pinturas incompletas de Cézanne, en las que se inspiró para crear al maestro Frenhofer del cuento “La obra maestra desconocida”. [...] Es la tentación fáustica de ser y de proclamarse el amante eterno y total de las formas y las cosas.»

«Aunque no era la del pintor sino la del médico la omnipotencia que embriagaba al Jacques Lacan de 1929.» ♦

RESUMEN

Siguiendo muy de cerca el libro de Jorge Baños Orellana *La novela de Lacan*, el autor intenta detenerse en ítems tales como la dialéctica del ojo y la mirada; la caracterización del objeto *a*, las dificultades en la aprehensión de la mirada como muestra de dicho objeto. Este fondo conceptual puede encontrar aquí entrelazadas la peripecia del joven psiquiatra Lacan, aún influido por las enseñanzas de su maestro Clérambault y aún distante de las concepciones freudianas. El pasaje amoroso, intempestivo y breve con la escritora argentina Victoria Ocampo arroja luz, piensa Baños Orellana, sobre la temática del amor y el narcisismo del ego de Lacan. Hay asimismo enfoques sobre la pulsión escópica, el *trompe l'oeil*, la mirada oculta, el engaño y el amor. Se aspira a que este recorrido alrededor de los veintinueve años de Lacan arroje luz sobre el giro que tomó su formación en los apasionantes años por venir.

Descriptores: SUJETO / MIRADA / OBJETO «A» / AMOR /

Autores-TEMA: Lacan, Jacques

ABSTRACT

Following closely Jorge Baños Orellana, *Lacan's Novel*, the autor of this article attempts to make a pause in items such as the dialectical relationship binding eye and glance; the characterization of the object *a*, the difficulties in the apprehension of looking as a sign of that object. This conceptual background of young psychiatrist Lacan, even influenced by his master Clérambault was distant still of Freudian thinks. The brief and intempestive loving passage with *femme of lettres* Victoria Ocampo, sheds light, according Baños Orellana thinking, on topic of love and narcissistic Lacan's stuff ego. The scopic drive is also focused referring on *trompe l'oeil*, *hidden looking*, love and deception. It is hoped that this itinerary, around the twenty-nine years old of Lacan, will sheds light on the change of direction on the analytical Lacan's formation at the next coming and passionating years.

Keywords: SUBJECT / GAZE / OBJECT [PETITE] «A» / LOVE /

Authors-subject: Lacan, Jacques

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Allouch, J. (2009). *El amor Lacan*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata. Ediciones Literales, 2011.
- Baños Orellana, J. (2013). *La novela de Lacan: de neuropsiquiatra a psicoanalista*. Buenos Aires: El Cuenco de Plata. Ediciones Literales.
- Freud, S. (1915). *Pulsiones y destinos de pulsión*. Buenos Aires: Amorrortu, 1980.
- Lacan, J. (1964). Los cuatro conceptos fundamentales del psicoanálisis. *Seminario XI*. Buenos Aires: Barral Editores, 1977.
- Sartre, J.-P. (1943). *El ser y la nada*. Barcelona: Altaya, 1997.